

ESTUDIOS

Luis M.^a Armendáriz* Apunte para una teología del progreso

La postura de la fe cristiana ante el fenómeno envolvente del progreso no puede ser ni la resignación ni el desprecio ni el desinterés. Dios mismo lo lanzó hacia adelante, hacia arriba, y lo ama como a nuestra vida, ya que, mirado más de cerca resulta ser la trama vivificante de nuestra existencia. Temerlo como a una fuerza omnipotente y ciega sería recaer en el paganismo. Ignorar su estirpe cristiana puede resultar la miopía doliente y escandalosa del cristianismo de hoy. Hay que penetrar en su hondura y recibirlo de la mano de Dios como una herencia y una tarea.

Este título va a chocar a los que piensan que la Teología es tan inmutable y sagrada como los hechos de nuestra Redención, y el progreso tan intrascendente y pasajero como el último modelo de nevera. A otros más comprensivos les va a producir la pequeña irritación que causan, cuando se exageran, todas las modas. La Teología está de moda, pero es pasarse un poco de la raya hacer teología *del progreso*.

Sin embargo, hay que admitir con sencillez y, si hace falta, con violencia, que la Teología debe ocuparse del progreso si éste es en verdad una realidad intensamente humana. La Teología no rumia sucesos pasados sino para leer con ellos la tarea de cada hora, para modular acuciantemente en ella la palabra de compasión y aliento que se dijo en los días de Cristo. Dejar sin teologizar el fenómeno humano del progreso sería infidelidad y falso pudor.

La Teología tiene por objeto a Dios, pero al Dios profundamente conmovido por el hombre, más aún al Dios humanado, y por ello, en igual medida, es la ciencia del hombre divinizado o divinizable. Ni siquiera la tesis miope de que el progreso se queda en realidad cósmica, sin llegar a humana, dejaría desinteresada a una teología del Dios encarnado, luego mundanizado. Pero en verdad es miopía di-

* Doctor en Teología. Profesor en la Facultad Teológica de Oña (Burgos).

visar el auto y no al hombre que viaja en él, lo conduce, lo ha ideado y construido, se gana con él tiempo y energías y mete una nueva presteza (y aun prisa) en su vida. El progreso, convengamos desde el comienzo, es una realidad intensamente humana, y es precisamente esta dimensión la que lo torna noble y alarmante y la que fuerza a una postura radical ante él. De la inquietud de este replanteamiento del humano vivir, que el progreso impone, nacen estas páginas, ajenas a todo intento de entretener con ideas esotéricas sobre «las cosas» a los ya enterados y tranquilizados sobre sí mismos y el mundo que les atañe.

Este agobio y esta problemática del progreso son recientes, son el mismo mundo moderno. Hay que tenerlo presente para no alarmarse por la correspondiente novedad de esta teología del progreso y aun por su retraso. Por eso mismo pelagra ésta de resultar un poco precipitada, de emergencia. Aquí quisiéramos replantearla con calma desde más abajo, desde el hombre mismo, siquiera sea sumariamente y desde un ángulo de vista tan sólo. De ahí el título justo, no modesto, de *apunte*.

LA IDEA BÍBLICA DEL SER DEL HOMBRE ES UNITARIA,
TOTAL, «MUNDANA».

Nuestra idea del ser del hombre no es lo pura y original que pudiera parecernos. Ha sido elaborada por varios milenios de historia y, si nos dejamos llevar de nuestras convicciones, si no nos cortamos a sabiendas y con vigor, aunque quizá provisionalmente, de esa corriente que nos lleva, no haremos sino repetirla. Ahora bien, este pensamiento occidental que nos porta y penetra, tiene, por lo que respecta al hombre, un talante platónico inconfundible, partidario de un decidido dualismo que no nos costará reconocer: el hombre se compone de alma y cuerpo; éste es más bien un freno a la expansión de aquélla, cuya vida, cuya liberación sólo sobrevendrá cuando el cuerpo muera. Alzando un poco más la vista tropezaremos con el mundo, ese muro ulterior, más traicioneramente abierto, en el que se prenden y chocan a la vez los sueños aherrojados en esa otra cárcel más íntima que es el cuerpo. Cuerpo y mundo son, por igual, deficitarios, provisionales, diversos de él y aun opuestos al verdadero y perenne valor del hombre, su espíritu.

La ascesis, también la cristiana, ha transformado a menudo esta realidad, tenida por innegable, en un programa para la libertad, y la tensión entre esos dos seres que hay en nosotros se ha vivido con pasión y se ha llegado a mantener a veces como la única posibilidad de éxito humano, de ser lo que se es: salvarse ha sido para muchos

sinónimo de evadirse del mundo y del cuerpo, y aun el desprecio daba a las veces la medida de la verdadera grandeza humana.

La concepción bíblica del hombre señala uno de esos puntos de fricción con la filosofía griega y aun occidental que se están desvelando modernamente y que sacuden el sueño de toda conciliación prematura entre el pensar del hombre sobre el hombre y la Palabra de Dios sobre él. No que la Biblia trace sistemáticamente una antropología —tal vez la falta de esa sistemática ha ocasionado el embobamiento ante la magnífica construcción dualista de Platón y el nosticismo—, pero todo su decir espontáneo sobre el hombre, las afirmaciones expresas sobre el origen, desarrollo y consumación de él, son un reto a esa antropología que nos ha amamantado a nosotros y que acabamos de esbozar.

El Antiguo Testamento empieza por desconocer simplemente esa dualidad: alma y cuerpo cuya misma nomenclatura ignora al no hablar de cuerpo, sino de carne. El opone el animal vivo al animal muerto, el hombre que respira al hombre al que Dios retira el aliento que le dio. No se da una parte del hombre que come y muere y otra que cree en Dios y anhela escaparse del cuerpo a El. No existe sino el único hombre, el hombre de barro al que el aliento de Yahwé dio la única vida concreta que tiene, la que anida en la sangre, pero es capaz del deseo y el amor de Dios: vida, sí, varia, sensitiva y espiritual, pero una, la vida de ese cuerpo sin el que no se puede ni pensar a ese hombre; ese cuerpo al que sin esa vida tampoco cabe conbir como cuerpo humano, sino como un motón de polvo (Job 14,4ss; 34,14; Ps. 104,29ss).

Esta consideración no de dos partes que se unan en el hombre, sino de dos funciones, dos lados del mismo ser, hace a la Escritura ajena a toda oposición entre alma y cuerpo y hace le resulte inconcebible todo desprecio del cuerpo y el mundo. El cuerpo no es ni malo ni principio del mal, sino simplemente frágil (mejor dicho, 'odo el hombre es frágil al ser barro). Y si introducimos nuestro concepto de cuerpo habremos de decir, para permanecer fieles a esa pensamiento, que propiamente el hombre no *tiene* cuerpo; el hombre *es* cuerpo.

Tampoco para el Nuevo Testamento es el *soma* (cuerpo) sinónimo del cuerpo físico que nosotros entendemos, sino la aparición, la irradiación de la persona; es todo el hombre en su actualidad y actividad ante los demás. Ni el alma (*sije*) es otra cosa que la vida, la fuente tanto de lo bajo como de lo elevado del hombre; todo el individuo, una vez más. «*Sije* y *soma* y *neuma* no son tres partes constitutivas ligadas u opuestas; representan más bien simplemente diversos aspectos de la única realidad esencial del hombre. Se trata siempre del único y total hombre que existiendo como persona responsable ante Dios y el mundo desde el más íntimo centro y hondura de su corazón, adquiere figura en su corporalidad y se muestra vivo y operante en

su sensación, sentimiento, conocimiento y querer anímicos» (V. War-nach, *Handbuch theologischer Grundbegriffe* II, 155, München, 1963).

Tampoco el empleo frecuente y peyorativo del término *sarcs* (carne) altera esta concepción fundamental. No significa cuerpo, sino la creatura (alma y cuerpo) dejada a sí misma y, en concreto tras el pecado, el hombre debilitado por él, atraído por lo más inmediato.

Toda esta concepción básica se hace programática a la hora de concebir la creación del hombre, su vida y su muerte y eternidad. Modelado del barro e invadido por el hálito de Yahvé vive apasionadamente arraigado en esta tierra y muere en verdad todo él¹.

El cristianismo enmarcará toda esta idea del hombre en dos dogmas fundamentales que son dos sí a esa unidad. La *resurrección de la carne* (aquí, a su vez, es todo el hombre, no sólo el cuerpo el implicado en esa resurrección) y la *encarnación* del Verbo, es decir la bajada salvífica de Dios a la única realidad concreta y visible que es el hombre, a toda ella. Bajada que al producirse bajo la denominación de la carne resalta aún más su oposición a todo sistema que la aleje y desprecie, y que al expresarse con ese vigor (*se hizo carne*) desecha todo posticismo, toda provisionalidad.

La salvaguardia de estos dos quincios de su fe es la que ha llevado a la Iglesia a definir con solemnidad esta concepción unitaria del hombre y oponerla, estructurada ya en una fórmula, a las tentaciones dualistas de Oriente y Occidente. Frente al intento de preservar siquiera sea una chispa del espíritu del contacto mancillante y frenador de la materia, el Concilio de Vienne de 1312, usando, porque ya resultaba imprescindible, una nomenclatura dualista (alma y cuerpo), afirmó la unión más estrecha, al hacer de aquélla la *forma* de ese cuerpo, es decir al concebirla en la entrega más indescriptible de sí misma al cuerpo —al mismo tiempo entregada y entrega, donante y don— entrega que lo embebe y penetra hasta hacerlo (por primera vez) humano y sus operaciones tan humanas como las del espíritu; más aún, hasta hacerlas las operaciones mismas del espíritu, las que necesita para ser. Porque alma y cuerpo no son dos realidades previamente existentes que se avienen a convivir (y por tanto sólo extrínsecamente comprometidas, reservándose cada una su propia individualidad), sino los dos principios del único ser, que sólo son ellos mismos en el otro, en la única acción corporal-espiritual que es la acción humana. En el sonreír, en el hablar, en el trabajar y sufrir del hombre no se podrán ya viviseccionar alma y cuerpo. Será un son-

¹ No que muera el alma. Formular esta cuestión es ya renunciar a pensar bíblicamente. Es siempre todo el hombre el que se siente morir y el que espera llegar a Yahvé. No hace falta decir que esa muerte de mí mismo y no de mi cuerpo es la que nos desarma ante ella y constituye por eso la vivencia central del cristiano y de toda vida.

reir espiritual de la materia y un decir material del espíritu; será un vivir y morir humanos.

* * *

Nos hemos entretenido un poco en este análisis porque lo consideramos absolutamente esencial para toda filosofía o teología de las realidades materiales. Sin esta base todo quedará aéreo.

Añadamos sumariamente otra consideración fundamental: a la integración del alma y el cuerpo ha de seguir, para prevenir apriorismos desconcertantes y luego imposibles de subsanar, la religación, también esencial, del hombre al *mundo*. El hombre continúa siendo siempre una planta que emerge de su medio, ese punto privilegiado de éste en el que sus jugos al aunarse resultan movimiento y vida y una autonomía que es sólo un modo más sutil de dependencia. El cotidiano alimentarse es la mejor comprobación de la continua asimilación, por parte del hombre, de la savia de toda la tierra, de su vivir y crecer de ella. Y no hemos mencionado sino un sentido, la manera más burda tal vez de comunión vital. Los otros cuatro canales prolongan de modos variados y mucho más íntimos y personales el cuerpo en el mundo, el mundo en el hombre. Olvidarlo es olvidar el trozo de barro que somos, es decir, el trozo de mundo, expuesto a las mismas contingencias e influjos del resto, que Dios alienta y deja referido a Sí y en tanto, sólo en tanto, aísla de lo demás; la condensación, la centración de materia que ese soplo de Yahwé produce, no desvincula del mundo, solamente torna consciente esa referencia a él, lo objetiva y, en ese sentido, desdobra y distancia. Pero los lazos permanecen vivos. Aparte de que ese hálito humano es el mismo —más concentrado, totalmente cabe sí y, por lo mismo, dialógico² que respiran todos los animales, del que palpita toda la creación (Ps. 104,29-30; Job. 34,14ss; 12,10). Afirmar, por tanto, que el cuerpo humano necesita del mundo para existir y actuar equivale a decir que el espíritu humano, para ser y desarrollarse, necesita del mundo, es un espíritu arraigado en el mundo. El hombre es cuerpo, decíamos antes. El hombre es mundo, hay que concluir ahora.

EL TRABAJO HUMANO EN LA MATERIA ES, INEVITABLEMENTE, PROGRESO

Dejemos ya tan sólo que ese espíritu empiece a actuar y tendremos planteado en su misma base el problema del progreso. En efecto: ya insinuamos que alma y cuerpo no son dos seres individualmente completos y posteriormente aunados, sino que cada uno de ellos, para ser él mismo necesita del otro, es él mismo en el otro. Con ello se

² Lo cual basta para hacerlo esencialmente superior, inmortal...

dice que ese espíritu no ha tenido antes una historia particular que luego, ligado a la materia, continúa o añora. Por el contrario, su primer existir es ya material, el lento y prometedor crecer de ella y en ella que toda infancia humana es. Una materia, por cierto, que engloba, más indistintos entonces que nunca, cuerpo y mundo. La acción del espíritu es radicalmente un *trabajo* en la materia, una ocupación en el mundo (desde la más servil y anegada en él hasta la que en forma de imagen o sonido lo sublima a vivencia personal)³. El adagio: el hombre necesita trabajar para comer, hay que radicalizarlo diciendo que necesita trabajar para vivir, para ser. Plantado en el mundo (y no desterrado en él) sólo crece viendo, oyendo, tocando, *desentrañando* el mundo.

Pues bien, todo ese trabajo en que el hombre se hace, ese alentar en la materia que es la ley primera de su ser, es necesariamente, por constitución **PROGRESO**. Precisamente por tratarse de un trabajo *humano*. El trabajo de la planta y el animal, aunque prodigioso, es individualmente (dejemos ahora el sordo y lentísimo progreso de la evolución de las especies) una tarea prefijada, siempre igual. Porque el animal es absoluta y exclusivamente una parte de todo ese mundo, de ese medio en que crece. Ni se diferencia, ni menos se sabe diferenciado de él y no puede intentar nada con aquello porque «aquello» no existe; aquello y él son una cosa. Por el contrario, en el hombre el soplo de Yahvé ha sido una llamada peculiar, creadora de una doble referencia: una personal a Dios, tejida de semejanza y radical inferioridad y otra al mundo, mezcla de identidad y radical supremacía. Ellas dos hacen del hombre el inigualable centro del universo.

Pero esa distancia en que le aparece el mundo no es sino la posibilidad y el comienzo de una aproximación, al fin y al cabo inevitable, pero desde ahora crítica, inquieta, artística. Porque esa llamada de lo alto acapara toda la realidad humana, todo el barro humano, y se va a traducir no tanto en la aparición de Otro ser excelso, diferenciado de los demás, con quien dialogar a solas, cuanto en la conciencia de una dimensión nueva que se vislumbra en todos los seres, en la percepción indistinta, pero innegable de un horizonte que los abarca y limita a todos, en el transfondo de infinitud que se les adivina, en el ansia insaciable con que el hombre los idealiza, en la sinfonía que siente brotar en su propio interior a cuenta de cualquier sonido..., es decir como una *infinita posibilidad en los seres mismos*. Porque ese horizonte sólo desborda de ellos, esa sinfonía sólo correrá inconti-

³ Si en nuestro juzgar hacemos un esfuerzo por no ser cuantitativos, sino cualitativos—¡en tal grado nos impone la materia sus categorías!—tendremos que confesar que esa materia tan refinada no es «ya casi nada» de materia, sino al contrario su mayor posibilidad, su mayor condensación.

ble a medida que se adentre en las cosas: más sublime que ellas, pero sólo perceptible en ellas. El aliento de Yahvé que quedó en él le contagió al hombre el poder creador, aunque, a diferencia de Aquél, sólo crea en la materia y se crea a sí mismo en ella⁴. En manos del hombre la materia se supera a sí misma y esta tendencia a crecer es incesante porque el soplo de Yahvé sigue evocando a Este y Este continúa alumbrando desde cada ser posibilidades sin límite.

El trabajo humano en la materia es, por tanto, inevitablemente *progreso*, y ya podemos avanzar en lo que decíamos y concluir que ésta no es sólo una diferencia que le distingue del animal, sino *la* diferencia.

No nos estamos alejando de la Biblia. Esta concreción teológica nos adentra más bien en la inteligencia de ella. La calidad de ese aliento con que Dios conmueve el barro humano y, distinguiéndolo de todos, lo convoca transcendentemente a Sí, la concreta la Escritura, en el ser y actividad terrenos, en dominio sobre la creación (Gen. 1,26, 29-30; 9,2-3). Al subir a Dios participa el hombre en el dominio divino sobre la creación, señorío que la Escritura describe con un sugerente simbolismo: «Dios trajo todos los seres a Adán para que éste les pusiese nombre.» (Gen. 2,19). Los seres que Dios hizo los nombra el hombre que ha sido iniciado en su secreto (nombrar una cosa es apoderarse de ella) y pasa a dominarlos.

Señorío no de quien impone desde fuera una ley, la de su fuerza, sino de quien entra en posesión de la herencia que le esperaba (notar la gradación hacia el hombre que se da en el capítulo primero del Génesis y en el salmo octavo, así como la visión antropológica de la creación en el segundo captículo del Génesis).

Señorío que no será una burguesa posesión, sino una tarea, una orden: «Someteos la tierra» (1,28). Esa tierra que es a la vez algo dado y por adquirir; que es ya del hombre, pero será más suya cuando la cultive, que es suya para hacerla más suya aún (2,15), para que «a una con la lluvia de Dios haga reverdecer los campos» (2,5). La herencia no es sino la iniciación, alentada por la bendición de Dios, a un porvenir mejor, a una apropiación creciente, *a un progreso*.

¿Hacia falta que Dios lo dijera? ¿No bastaba la estructura misma del hombre que Dios hizo, para que ese trabajar y progresar fueran la primera y vital necesidad de ese nuevo ser, el mandamiento esencial escrito en su entraña y no sólo conminado desde fuera? *El progreso del mundo es simplemente el modo humano de vivir y de ser.*

⁴ Es superfluo advertir que el término crear queda aquí entendido en el sentido genérico de producir algo nuevo, decididamente nuevo en parte; no en el sentido técnico de producir de la nada.

LEYES FUNDAMENTALES DEL PROGRESO. PRIMERA: POR EL PROGRESO LA MATERIA SE HUMANIZA

Analicemos ahora las leyes fundamentales de este progreso. Podíamos condensarlas en tres, estrictamente derivables de esa misma contextura humana.

Es un progreso de la obra misma, aquí del mundo. En manos de ese inventor nato que es el hombre, el mundo se pliega y deja le desentrañen nuevas posibilidades. Es la técnica. Pero como esas manos son incansables y en ese mundo se está descubriendo el hombre a sí mismo, el trabajo adquiere una íntima prisa y el mundo es cada vez más del hombre, más humano. El progreso es en primer lugar *una creciente humanización del mundo*.

No se humaniza tan sólo en cuanto que obedece con menos resistencia al querer del hombre. Esta sumisión servil parecería más bien distanciarle de su dueño. Sino también porque acariciado por un esfuerzo más prolongado e intenso, más indispensable ya en su misma ductilidad creciente, se torna cada vez menos neutro, más sutil, más perfecto y, por todo ello, más connatural al hombre, más allegado a él. Va resultando la prolongación cada vez más indistinta y espontánea de sus propios miembros, la paulatina incorporación a su organismo vivo y, por él, en su personalidad⁵.

Esa misma materia se adentra con igual continuidad y mayor penetración aún en la zona humana cuando el hombre la moldea en creación artística. Pasa a ser idea, sueño, afecto humanos. ¿Vibran las cuerdas o vibro más bien yo con una *suite* de Bach?

Por no hablar del paroxismo de humanización que atraviesa esa misma materia, humanizada ya en técnica y arte, cuando se hace imagen inédita, palabra nueva de amor, nuevo saber, y pasa a enriquecer el centro mismo de la persona.

Desde el momento en que se abren los ojos a esta humanización del mundo se empieza a vislumbrar el plan ambicioso de Dios: la creación no ha de volver a la nada, ha de retornar al Dios que la lanzó a ser. Pero Dios recobrará mejorada, crecida, transformada en materia humana, llegada a los umbrales del espíritu la que nació caótica: una materia que de muda se ha tornado agradecida.

El hombre será la alquitara de ese prodigio, el punto crucial del camino de vuelta en que ella se sabe llegando a Dios. Este la fue llevando hasta ese salto hacia sí misma que el hombre es, y, una vez consciente de sí, una vez hombre, esa creación se autoposee y con-

⁵ Con la fotografía la luz se ha hecho recuerdo y amor. El auto ha creado nuevos modos de proximidad y presencia personales. El teléfono sólo cuando no funciona es *esa cosa* de que uso; cuando cumple su misión es un oído humano acrecido, etc.

trola, se humaniza toda. Diciéndolo desde el otro ángulo, más clásico: el hombre ha sido hecho para que no sólo él, sino el mundo todo llegue a hablarle a Dios. Pero no ya sólo, como se resignaba a pensar la imagen clásica, través de sus ojos que, a cuenta de ese universo, pasan del pasmo a la adoración. Esto deja intacta la creación misma. Sino a través de sus manos que la transfiguran, la reducen a pura transparencia e inmediata expresión de su espíritu. Por medio del progreso, que convierte en un sí gigante y humano, en un amén sonoro toda la creación; esa misma creación que vista desde Dios es una oferta, un gesto de autodonación, la primera palabra del diálogo.

Esta humanización del mundo indica a las claras en qué dirección concebimos ese progreso material: no como una simple mejora de una cosa cada vez más cosa, sino al contrario, como una descosificación —no desmaterialización— hacia lo personal.

Al desvelarse así, con sólo obedecer el hombre la ley que le dicta su propia constitución, este misterio de la historia y de la creación, el trabajo humano, el progreso material alcanzan una dignidad insuperable: ser la continuación de la acción creadora de Dios, ser esa misma acción en cuanto ya no actúa sola sino en el actuar del hombre, ser la mano creadora y creada de Dios. Como formulará expresamente el Eclesiástico hablando de los oficios manuales: «Sin ellos no podría alzarse ciudad alguna, ni sería posible instalarse en regiones extrañas, ni viajar... Ellos sostienen la creación» (38,32.34).

Hagamos alto un momento en este hito de toda teología del progreso. Las primeras páginas del Génesis lo formulan en voz alta cuando al hombre que Dios crea le confía la tierra que acaba de crear (1, 26.28-30); cuando el descanso del Señor⁶ coincide con el encargo al hombre de señorear esa tierra (1,28-2,3); cuando con vistas a ese encargo le ha hecho semejante a sí (1,26; Ps. 8, Ecli. 17,2-3). Encargo que no constituye por consiguiente uno de tantos mandatos que habrá que recordar periódicamente, sino algo tan patente y presu- puesto como el propio ser⁷.

EL PROGRESO DEL MUNDO ES EL PROGRESO DEL HOMBRE

La materia se abre a este porvenir humano porque la desper-

⁶ Descanso que es un replegarse a un obrar más sordo por lo profundo e íntimo, pero tan incesante como el manifiesto (Jo. 15,17). Aquí sería de mencionar la noción escolástica de causa prima que no es una más entre las causas, sino la que obra el obrar de todas.

⁷ No deja de ser significativo un texto del Exodo: «Seis días trabajarás y harás tu obra, pero el séptimo es un descanso en honor de Yahvé tu Dios... Porque en seis días hizo Yahvé el cielo, la tierra, y el mar y todo lo que contienen, pero el séptimo descansó (§ 20, 8ss). ¿No se está diciendo que se trata del mismo trabajo, de la reactivación, ahora por mano del hombre, del ciclo creador de Yahvé?»

taba de su quietud el espíritu. Pero no con la indiferencia de quien evoca otro ser, sino con la inquietud de quien se ocupa de sí; y es que era un espíritu en carne, el espíritu, mayor que el mundo, de este mundo. No hay más que retener contra todo espiritualismo excesivo esta verdad dogmática e invertirla para que aparezca como *ese progreso del mundo revierte en progreso del hombre mismo*. Es la segunda ley fundamental del progreso, emanada del ser del hombre. En efecto: si el espíritu contagiaba la materia de su propia, inagotable, progresiva riqueza, no hay que olvidar que esa plenitud propia sólo la sabía *en* la materia. Enriqueciéndola se hacía rico, progresando en la materia se sabía espíritu. Esa actividad humana fundamental no sólo descubría las posibilidades de la materia, sino también las del espíritu. El crece en el crecer de ella. Este fecundo dobleamiento del perfil de la primera ley fundamental es la consecuencia de ser ese espíritu *forma* del cuerpo, de aquella donación de sí mismo al cuerpo que lo hace humano y permite al espíritu sonreír y conmovirse.

Y si somos jerárquicos en nuestro pensar y no entendemos que lo mayor sirva a lo menor si no es para ayudarlo a agitarse en pro de lo más grande, habremos de afirmar que la verdad mayor, la más radical de la creación no es la que antes expusimos, a saber, que el mundo progresa hacia su humanización. Con ser grande ha de dejar la primacía a la otra, aún mayor y ulterior, de que el mundo progresa humanizándose para que el hombre progrese al humanizarlo, al hacerse él mismo mundo ⁸.

Por esta razón inapelable venimos insistiendo desde el comienzo en el sentido del progreso material. Ese progreso humano tampoco se reduce —paralelamente a la aclaración que hicimos en la primera ley fundamental— a la liberación de energías humanas que se produce automáticamente al dominar la materia. Es éste sí un logro feliz, puerta de todo progreso propiamente *humano*: que el hombre se sepa y posea a sí mismo como algo más que la materia, como señor de ella.

De esos mismos oficios manuales llenos de dignidad que antes alabó como puntales de toda civilización y de la creación misma, no puede menos el autor del Eclesiástico de lamentar que no permitan

⁸ Ley de consecuencias inmediatas y graves. Vivir *para* el progreso técnico es absurdo. Deshumanizarse en favor de él o aun no intentar progresar humanamente a su costa es pecado de perversión. Notemos sin embargo que no es imprescindible que ese avance *humano* sea conocido y obtenido desde el principio. Toda evolución y revolución técnicas arrastrará su época de desconcierto y aun convulsiones humanas y sólo más tarde llegará la clarividencia. No hay que precipitarse por tanto y considerar sin más a la técnica deshumanizante. Pero tampoco se puede echar en olvido no sólo el peligro de ese desorden sino su misma vigencia en ciertos progresos desbocados y en un maquinismo que se impone al hombre que lo produjo.

dedicar ocios a la sabiduría y desocupar el corazón para consagrarlo al gobierno, la cultura y la fecunda composición de máximas (Ecli. 38, 24-34). La primera tarea, urgente, de todo progreso técnico ha de ser liberar esas energías humanas oprimidas o embotadas (Suponerlas así no es volver al platonismo sino creer en la libertad humana como un factor de posible regresión). Lo que en este aspecto se va consiguiendo es ya tanto, y lo previsible, en jornadas de trabajo cada vez más cortas, tan esperanzador que a muchos llega a ofuscarles como si fuera lo último. Acabar ahí sería regresar al dualismo que tanto nos costó desarraigar, a concebir de nuevo la existencia humana como una liberación de la materia; no, ésta no es sino la condición para que pueda desencadenarse la contextura humana, para que el hombre, señor, como en el origen y plan de Dios, del mundo, asuma su responsabilidad, su tarea de hacerlo y hacerse. La concentración del espíritu sobre sí o, mejor, la percepción de que esa materia oprimía las mejores posibilidades de sí misma, de que no era humana aún, fue sólo el restablecimiento del equilibrio de estructura.

Si seguimos creyendo que el espíritu humano llega a sí en *su* otro, su cuerpo, su mundo; que llega no sólo a los demás, sino también a sí mismo en ese otro, hay que reconocer, admitiéndolo de plano y *a priori*, lo que la experiencia no cesa de confirmar: que el hombre *se hace* artista en su obra de arte. Parece por un momento abandonar su personalidad a la materia, perderse en ella, pero aquí también se trata de dar la vida para salvarla, perder para encontrar.

Eso otro que progresa no es sin más lo otro, sino la efusión del hombre, la sinfonía que ha hecho a Beethoven Beethoven, la casa que ha hecho al hombre hogareño, la palabra que le hace compañero y confidente, la imagen que le hace pensante. Sólo en ellos pudo ser el hombre lo que es y tan verdad es que él pervive en ellos como la inversa que antes nos ocupó.

* * *

Al principio Dios hizo el *principio* del mundo, ya que después hizo al hombre, pues insatisfecho con aquel mundo, sólo quería el que el hombre le habría de humanizar. Por idéntica insatisfacción, Dios no se contenta con recuperar aquel hálito que infundió en el hombre, no ama aquel talento enterrado y sin fructificar: lo quiere crecido de todo ese mundo que ha hecho crecer, progresado él mismo de todo ese progreso: *un mundo humanizado y un hombre mundanizado es lo que Dios busca*. El hombre sólo dará a Dios todo su corazón, toda su mente y todas sus fuerzas cuando las haya descubierto y explotado en el progreso sin límite del mundo.

El progreso resulta así no ya el oponente de Dios y del verdadero valor del hombre —sólo será eso cuando, como todo lo valioso, se

quiebre y con facilidad—, sino el lugar en que el hombre se descubre a sí mismo, al mundo y su responsabilidad individual y cósmica de cara a Dios.

EL PROGRESO, SAVIA DE LA COMUNIDAD

La tercera ley fundamental del progreso humano fluye con igual evidencia de esa constitución del hombre tal como el cristianismo la entiende. Esa materia en que el hombre llega a sí mismo no es patrimonio exclusivo de él, es en igual grado propiedad y campo de ser de todos sus semejantes, el único mundo de todos. Ella liga sus destinos y les constituye en familia. Ella va a resultad comunión de vida. En sus sinfonías Beethoven llega a sí, pero llega igualmente a nosotros. En el poso de sí que deja en el mundo y al mundo, el hombre se hace patrimonio de los demás, mundo de todos, posibilidad, materia de todos. Cada hombre crece no sobre su propia tabula rasa, sino sobre el mundo que le han hecho los que le han precedido. Y progresa no de la nada, sino de toda esa historia anterior que moldeará a su soplo y transmitirá enriquecida, suya, a los demás. Si las frases profundas no nos alarmasen, si nos agarrásemos a su verdad y no a las fáciles extralimitaciones que su densidad sugiere, tendríamos que decir que *tan verdad como que el hombre hace humana la materia y se hace a sí mismo en ella, es que el hombre mismo, y no sólo su trabajo, pasa a ser de los otros, pasa a ser los otros*. No ya un alicorto ser útil a los demás, sino un radical integrarse en los demás, constituirlos. ¿Es acaso cada uno lo que es, sin su cultura, sus ideas, su civilización, su técnica?

Después de la afirmación solemne de más arriba— podríamos llamarla la primera verdad y el primer mandamiento del progreso—, a saber, ser la continuación de la acción con que Dios crea al mundo y al hombre, ser esa acción hoy, no cabe mayor ponderación de ese mismo progreso que esta segunda verdad y segundo mandamiento de él, a saber: ser el vehículo por el que uno vive para los otros y llega a ser la vida de los demás, ellos mismos. El hombre sólo será lo que Dios soñó de él cuando se dilapide en el cumplimiento de estos dos mandamientos.

La permanente validez y el juvenil vigor de estas verdades se alían, a la hora de traducirse en ideales del vivir. Por desgracia, son tan explotables cuanto poco explotadas. Dejamos al lector esta transposición a la existencia. Una insinuación de pasada: hoy todos nuestros utensilios tienen un origen cada vez más lejano e ignorado y hasta el más vulgar proviene más o menos remotamente del trabajo de todos los hombres: todos elaboramos lo de todos, todos vivimos de todos: espiritualmente de lo que les sucede, utilitariamente de lo

que hacen. Es la corroboración moderna a esa tesis del progreso. Pues bien, ¿medimos las posibilidades de universalismo, de caridad, es decir de cristianismo que se le brindan al trabajo más personal y solitario: dar a los demás no ya limosnas, ni sólo justicia, ni siquiera el tiempo, sino la propia vida? Posibilidades que en su medida, suficientemente caldeadas, alcanzan incluso al obrero más inmerso en la materia y más atado a la máquina en la producción irritante de la misma pieza diminuta. Y ¿no es penoso observar cómo algunas espiritualidades olvidan este filón y rebuscan, para reavivar el trabajo, brasas extrañas y frías que más que valorarlo consuelan de su desvalor?

* * *

Sin apelar a otros dogmas cristianos aún más fecundos, hay que deducir de éste solo que el mundo no está tanto en su presente cuanto en su *porvenir*; ni el hombre es sino un proyecto, ni la sociedad otra cosa que un avance de lo que será cuando mundo y hombre hayan depositado en ella su propio crecimiento. Esto equivale a decir que es un mundo, un hombre y una sociedad en *progreso* lo que Dios ama, que el progreso es la trama de la creación. Dios vive y actúa a través de ese crecer y, aunque accesible verticalmente en cada instante de él, nos llama más plenamente creador y padre (y, en este sentido, como un Dios mayor) al fin de ese proceso. De este Dios a Aquél cuyo único acceso era la evasión del mundo media un abismo. Abismo que salva la dialéctica arriesgada pero firme de la antropología cristiana que sabe derivar, sin amenguarlo, aquel fervor vertical en esta tensión horizontal, sabe convertir el mundo estático y su guardián el hombre, en un mundo creciente que el hombre crea. No hay que dudar en llamar cristiana a esta arquitectura sólo porque sus líneas resulten modernas. No es táctica apostólica, sino aseveración del propio, viejo apellido.

No se trata de *adorar* el progreso. Supondría un retroceso lamentable ya que sólo existe para llevarnos enriquecidos a un Dios mayor: «Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo darás culto» (Mt. 4,10); pero al Dios creador y motor y fin de ese proceso, un Dios al que la evasión de ese deber de crecer acorta al mismo ritmo a que se atrofian el hombre y el mundo cuando separan sus fuerzas y destinos.

Tampoco se propugna un romántico y fácil soñar con ese progreso, sino el áspero ideal de una humanidad más libre, más fraterna, más autoconsciente para Dios, y de un mundo más de Dios también, porque más humano. Se trata de aceptar con emoción el encargo personal de Dios que no llama a sí a cada ser desligándolo del resto, sino integrado en el conjunto de ese todo ya pleno; el Dios, sí, de mi vida, pero también, y aún más, el Dios todo en todo, el Dios de mi hermano, el Dios del gran misterio salvífico de la recapitulación de todos los seres en Cristo (Ef. 1,9-11...).

Este progreso abundará, cierto, en pasos falsos, en tentaciones crasas de egoísmo, cansancio y hastío. Peligrará más que nada de idolatría y soberbia. Todo ello agravado por la incapacidad, a que nos ha conducido nuestro dualismo de siglos, de amar a Dios en otra cosa y no sólo en el vacío de todo, de amarle más que al mundo sin dejar de amar su mundo, es decir, de superar en pro de un Dios mayor, no dimidiado, el asfixiante dilema: *o Dios o las cosas*. Todo esto concurre a complicar la geometría audaz del ideal cristiano a que hace poco aludíamos.

Pero ese mismo progreso dará la oportunidad de creer en un Dios creador —sin creer en la creación no es eso posible— y ensanchará el corazón a la medida del universo, que al fin cabrá y se cristianizará en él: hará vivir en cristiano la aventura histórica ineludible de toda la humanidad; constituirá al hombre en señor y no en juguete de se mismo progreso, con posibilidad de enderezarlo y aun reprenderlo. De hecho, los cristianos son los únicos iniciados en el nombre paternal de Dios, autor de todo, en los nombres ya fraternos de todos los hombres, y en el ritmo y tendencia de ese avanzar. ¿Agradecemos este privilegio o se lo pasamos desinteresados y sin aclarar a los hijos de las tinieblas?

EL PROGRESO HUMANO, VIDA PERSONAL DE DIOS EN CRISTO

Con la Encarnación del Verbo (no hacemos sino insinuar como corroboración de lo anterior lo que por sí sólo constituiría un punto de partida independiente de la teología del progreso) esta constitución humana del mundo y mundana del hombre que se trasvasa de uno a otro, el progreso humano, en una palabra, alcanza un rango nuevo. El Verbo nace de una mujer y de un pueblo, de una cultura. El Verbo de Dios se dice y se sabe humanamente con ayuda de las ideas heredadas de su mundo y expresa a los hombres en términos que éstos han cargado de contenido el insondable mensaje de su propia realidad divina y la divinización de ellos. Imaginar un Cristo supratemporal, que usa, como de un micrófono, de una boca humana para anunciar verdades eternas puramente espirituales, como usará más tarde de un cuerpo humano para redimir con los dolores de él a los hombres, es no creer verdaderamente en la Encarnación. Ese rozar nuestra realidad sin vivirla, sin serla, ha escandalizado siempre a la fe cristiana que se veía privada de la última razón de su existir. Escandalizando por su parte a todo platonismo ella da su sangre por mantener que en un punto concreto del tiempo y el espacio humano en el Verbo arraigó con igual consistencia que todos los demás hombres. Pero esto equivale a proclamar que nació de toda esa corriente humana, que hubo, como cada hombre, de modular propia y personalísimamente, y,

a su vez, que toda ella pasó en él a ser la misma vida humana personal de Dios.

Recordemos los dos hitos anteriores del progreso: continuación del obrar creador de Dios, vida del hombre para los hombres. Ahora queda sublimado a *vida de Dios*.

En Jesús refrendó la creación su tendencia a volver del todo a Dios, pero alumbró además una potenciación nueva e inimaginable, la de progresar, una vez alcanzado el umbral humano, hacia la misma entraña divina, a retornar a ésta, hecha ya no sólo hombre, cultura, trabajo, sino, *en ellos*, vida personal de Dios, la que de allí salió como pura posibilidad, como un sueño divino por realizar.

Esta nobleza suprema que en Jesús adquieren los dos principios del ser humano al resultar con toda verdad alma y cuerpo de Dios, repercute a igual nivel en las tres leyes fundamentales del progreso, emanadas de esa contextura humana, revelándose así el último pliegue del secreto plan total de Dios: 1) En Jesús el mundo tiende y llega no sólo a humanizarse, sino a divinizarse. 2) No es ya el hombre, sino Dios mismo quien se mundaniza, quien se expresa personalmente en palabras, lágrimas, trabajos y logros manuales y del espíritu, quien tiende a revestirse él mismo como de un símbolo personal, de toda la creación. Y en consecuencia, 3) se da en patrimonio él mismo y ese mundo ya divinizado a cada uno de los hombres que nacerán tras él.

Esta nueva dignidad se traduce en una nueva urgencia. El progreso humano, al descubrir su último secreto, se ha caldeado con una íntima prisa, la de realizarlo; la prisa que Jesús tiene por volver tras de haber participado a todos su misterio y su intento —el de Dios todo en todo— y hecho así suya, su cuerpo, expresión de su plenitud, toda la creación; la prisa por ser cumbre definitiva del progreso humano. Es decir, que los últimos logros de ese progreso, la humanización más alta que imaginarse pueda de la materia y en ella la más densa auto-expresión del espíritu humano terminen en el Cristo total, pleromizando a Cristo, por ser, en uno, las palabras de amor en que Dios se descubre y da al hombre y las que éste repite para devolverse del todo a Dios.

LA MUERTE, FRACASO DEL PROGRESO

Junto a esta última posibilidad del progreso humano, su teología no puede silenciar su labilidad ni sus fracasos. Antes mencionamos ya las deformaciones más frecuentes. Cabe, en efecto, que ese impulso encarnatorio se trunque, y Dios baje a ser el mismo lujurioso progresar, el logro tentador. El hombre puede desterrar a Dios con el poder que Dios le dio. El progreso humano ofrece hoy de hecho en muchos aspectos un rostro frío y ateo. Aunque no fuera sino porque la tensión cansa al hombre y le puede el disfrute de lo logrado, y sólo busca

para una nueva y mayor fruición o en alas de un egolátrico saber, pero no de la nueva palabra de amor, es decir, de entrega al otro siempre mayor, el progreso parece condenado a olvidar su propia trayectoria original y volverse sobre sí mordiéndose la cola, endemoniándose en serpiente tentadora y triunfante otra vez.

De hecho, aquel primer pecado —y el cristianismo lo reconoce como un dogma fundamental— a la vez debilitó el corazón y enturbió los ojos, y la idolatría y la facilidad hacen tropezar al hombre a la vuelta de todos sus caminos. Aquel pecado hizo, además, que ese crecer, ley básica y gustosa del hombre original, se crispase en el dolor del crecimiento; que el trabajo se tradujese en sudor y fatiga, y la magnánima cesión a otros hombres de la propia vida se entenebreciese en testamento forzoso con ansias de agonía y dudas mortales: un no poder menos, asqueado y sin interés. Y mientras llega ese momento, la misma ambigüedad amargando toda la vida: no saber si en verdad progresamos hacia Dios o sólo hacia nosotros mismos y aun hacia una nada y hastío mayores; y el turbio engranaje de ese progreso que avanza a costa de tanto egoísmo e injusticia, de tanta lágrima y muerte sin aparente pago ni sentido. ¿No será más cristiano, lo verdaderamente cristiano, evitar el mal y, envidiando a las aves del cielo que no siembran ni almacenan (Mt. 2,26), cuidarse sólo del Reino espiritual de Dios?

La muerte le saldrá un día al paso, retardadora, a ese progreso y el grito amargo del Eclesiastés se abatirá como un ave negra sobre todas esas ilusiones: vanidad suprema, todo vanidad (2,22ss.). Cada muerte es, en efecto, un *no* tajante al esfuerzo del hombre por mejorarse indefinidamente. Y en *el fin del mundo*, ese *no* llenará todo el horizonte y segará los últimos sueños, esas ansias de los últimos hombres en que pervivía condensada toda el hambre de la humanidad por perpetuarse y continuar creciendo. El fin, no sólo previsible, sino infalible, de ese progreso será un corte definitivo, un fracaso.

EL PROGRESO HUMANO SE SALVARÁ DEFINITIVAMENTE EN CRISTO

Estas verdades cristianas no puede olvidarlas ninguna teología sería del progreso; y aunque lo intentase, ¿puede el hombre olvidar su propia muerte?, y ¿podrá el cristiano exaltarse tanto por la vida que lleva en sí, que juzgue alguna vez inactual la muerte de Cristo?

Seguirá habiendo dolor y muerte y fracaso porque Cristo cruzó por ellos y los hizo ley de su vida. Por tanto, ley de toda historia humana, que se ha hecho, como vimos, cristiana. Lo que resta por saber es si éstas son las últimas modalidades de Cristo, las definitivas, y también si lo que viene es algo radicalmente nuevo o una pervivencia y eternización de aquello mismo que murió.

Y aquí es donde la fe cristiana tiene la fuente perenne de un optimismo último, ya que Cristo se halla también en un estado ulterior y último de resurrección, de gloria por nada amenazada. Si Encarnación quería decir llegada a Dios del progreso humano, Resurrección de Cristo significa anclaje definitivo en Dios, invasión sin retorno de Este en esa historia. Todo lo que en la muerte parecía perderse, anegarse, no era más que la entrega al Invisible. Todo se perdió para hallarse, todo murió para resucitar, para adquirir la consistencia y el brillo (la gloria) de lo que queda transido de Dios.

Se debe sólo a la cortedad de nuestros ojos el perder de vista en la muerte ese progreso. En realidad, ha entrado en la última elaboración, la más dolorosa, es verdad, e incomprensible, de las manos de Dios. Estas van a configurarle de eternidad. Ellas solas de nuevo, como en la creación; el hombre otra vez puro barro, pura moldeabilidad, aunque libre ya; apertura sin frenos a otro, mayor que él, de un espíritu rebosante de la historia del mundo y de sí mismo. El dolor y la gloria de un nuevo nacimiento, una nueva creación. *Pero del mismo hombre que murió*. Verá sí a Dios mismo, pero con los ojos que él se hizo; y sus palabras, con una resonancia y brillo nuevos, incandescentes, serán las palabras aprendidas en esta vida, las que la historia humana moduló y preñó. Toda esa historia humana estará ante Dios hecha agradecimiento y alabanza.

Todo esto lo asegura la Resurrección de Cristo. No sólo lo asegura, sino lo comienza y lo decide. Ya no se puede pensar que la Humanidad como tal fracase, y sólo unos elegidos lleven jirones de ella ante Dios. La Resurrección del Verbo encarnado, del que agita y orienta todo ese movimiento, ha decidido ya la dirección del conjunto. El progreso humano se salvará en Dios. Con exclusión de las expresiones *individuales* de ese progreso que concluyeron con una repulsa de Dios, y en eso mismo abortaron, ni una brizna de lo que el hombre elaboró, produjo, caerá en la nada anterior al comienzo o en el odio, peor aún que la nada. Los hermanos de Cristo llevarán consigo ante Dios, florecido en sus vidas, no sólo el esfuerzo, sino también los logros últimos en que se plasmó, aquéllos en que el hombre se tuvo a sí mismo y sin los que se vuelve a perder. Nos resulta poco menos que imposible imaginar esos nuevos cielos y nueva tierra que Dios va a crear (Is. 65,17; 66,22); Apoc. 21, 1,27; Rom. 8,19-22). Pero serán los nuestros, los que el hombre creó a una con Dios; sólo que como él mismo (y su Hacedor hecho hombre) habrán de sufrir el crisol de esa muerte vivificante (segundo nacimiento) en las manos de Dios. Pero pervivirán allegados más que nunca al hombre, admitidos en él al diálogo personal con Dios.

Cada día el hombre y su progreso parecen morir y fracasar. En verdad sólo fracasan cuando violentan la dinámica más honda de ese mismo progreso, cuando lo adoran o se adoran en él. Esos otros

fracasos, aunque costosos y desconcertantes como los reales, van sumándose en el otro lado al triunfo de Cristo que volverá un día glorificado de todos ellos.

La postura de nuestra fe ante el fenómeno envolvente del progreso no puede ser ni la resignación ni el desprecio ni el desinterés. Dios mismo lo lanzó hacia adelante, hacia arriba, y lo ama como a nuestras vidas y la de su Hijo, ya que, mirado más de cerca, resulta ser la trama vivificante de nuestra existencia. Temerlo como a una fuerza omnipotente y ciega sería recaer en el paganismo (cfr. Col. 2,8.15,18). Ignorar su estirpe cristiana puede resultar la miopía doliente y escandalosa del cristianismo de hoy. Hay que penetrar en sus honduras humanas y cristianas y recibirlo de manos de Dios como una herencia y una tarea filial, dura y gloriosa a la vez.

NOTA. Al fin de estas líneas resultará útil una doble advertencia. En todo lo dicho no se ha aludido al corazón del hombre, a la decisión libre de su voluntad, la que le salvará o perderá y la que salvará o perderá ese mismo progreso. Tan sólo se han creado nuevas posibilidades de acción, nuevas inteligencias de ella. Es obvio que esa decisión existencial siga reclamando la mayor atención del cristianismo y del cristiano, y que pueda seguir produciendo santos al margen de toda problemática por el progreso. (¿También entre los conscientes y responsables de ella?) Es asimismo claro que, con lo expuesto, esa decisión puede recibir un choque de luz hacia Dios; aunque también, es su misterio, puede inhibirse y aun exasperarse más si ya se debatía contra El o lo quería a su medida. En cambio, al sediento por implantar el cristianismo en toda su existencia y a quien el fantasma diabólico del progreso o su neutro y gigante poder paralizaba las fuerzas, esa luz puede resultar una liberación, lo único que le faltaba para transformar en culto sereno a Dios su ocupación continua con la materia. Estas páginas han pensado preferentemente en este lector, sin renunciar del todo a desengañar y turbar al primero.

La segunda advertencia busca también aclarar y apaciguar: el odio y renuncia al mundo, tan auténticamente cristianos, no se puede objetar a lo dicho, porque juegan en otra zona del hombre, no en su ontología unitaria, de que se ha tratado aquí, sino precisamente en ese corazón que ahora mencionábamos y del que brotan todos los dualismos y todo lo que mancha al hombre (Mt. 15, 18-20). Lo pertinente es por tanto iluminar y reforzar ese corazón, aunarlo con la ley ontológica de su ser y no quitarle el alimento que Dios le dio y pone cada día entre las manos, rescatado también por Cristo de su ruina y hecho a la medida de ese corazón nuevo que El nos ganó.